LEYENDAS
DE VIVOS, ESPANTOS Y APARECIDOS

Héctor Gaitán

ayer y hoy

[redacted]
[redacted]
Restricted material

Héctor Gaitán

Leyendas de vivos, espantos y aparecidos

2001

Copyrighted material

INTRODUCCION

Pensar en Héctor Gaitán Alfaro, es asociarlo inmediatamente con las costumbres y la vida íntima de la vetusta ciudad de Guatemala; de esta Nueva Guatemala de la Asunción, que paso a paso, por la desidia de sus habitantes, va perdiendo la fisonomía peculiar que le asignaron sus antiguos pobladores. Calles que son truncadas, viejas y añosas casonas que van cayendo pedazo a pedazo, en aras de un malentendido progreso. La ciudad antañona, semicerrada y culta en extremo, de principios del siglo XX, está a punto de desaparecer. Está en el filo del siglo a punto de perder su impronta más señera, y convertirse en una urbe más de hierro, vidrio, cemento, sin personalidad alguna.

En este desolador contexto, surge la obra de Héctor Gaitán Alfaro quien con paciencia infinita, sin saberlo muy bien a ciencia cierta, como realizando el papel de un antiguo ***aeda*** *grecolatino, inició tiempo atrás la tarea de recopilar costumbres, tradiciones, leyendas e idiosincracia de esta bella ciudad.*

Héctor Gaitán ha extraído el material que le sirve de base al escribir sus crónicas, coleccionando

Copyrighted material

fotografías y revistas que hablan de la urbe amada y que se han cristalizado en el tiempo.

Se ha convertido, pues, como pocos, en el cronista de costumbres y tradiciones.

La Colección ***Ayer y Hoy*** *ofrece varios cuentos de Gaitán Alfaro sobre leyendas de vivos y aparecidos en la Nueva Guatemala de la Asunción. Estas crónicas tienen el genuino sabor del pueblo guatemalteco. Porque, si algo tiene la obra de Gaitán, es precisamente, reflejar lo más recóndito del pensamiento, de la idiosincracia de los habitantes de esta urbe nuestra. Sus diálogos, y la forma de presentar a cada personaje, expresan, pues, el hondo sentido de la sociedad guatemalteca de mediados del siglo XX que se resiste a olvidar sus costumbres, su manera de hablar, sus comidas y bebidas, y sobre todo, sus cuentos y leyendas de encantos y aparecidos, que lo acompañan cotidianamente.*

Con éstas bien hilvanadas crónicas, Héctor Gaitán contribuye una vez más a cimentar la identidad del guatemalteco, consolidando su fama bien lograda y honestamente ganada de ***excelente narrador.***

Celso A. Lara Figueroa

Nueva Guatemala de la Asunción,
Día de San Artemio, 6 de Junio de 1995

Copyrighted material

LOS ATOLEROS DE LA PARROQUIA

Según me contaron esto sucedió allá por el año de 1915, antes de los terremotos del 17. Casi principiaba el siglo y la vida cotidiana se desarrollaba corrientemente en la ciudad de Guatemala. Muy cerca de la iglesia de la Parroquia se improvisaba un pequeño mercado donde la atracción lo constituían las ventas de atole en sus diferentes sabores. Don Herculano y doña Mina eran los propietarios de uno de estos negocios que, a base de calidad, luchaban diariamente por vender su producto.

—¡Pasen... pasen, que tenemos atolillo, atol de tres cocimientos, arroz en leche, y para los que empinaron el codo anoche más de la cuenta, hay atol blanco con su respectivo chile, frijolitos y pepitoria molida!

Doña Mina, que con un blanco limpiador le sacaba brillo a los vasos y secaba las escudillas de

Copyrighted material

y a chambiar, que es lo mejor.

—Yo me porto bien, doña Mina, la que arruina el asunto es la Julia, mi mujer, con ese carácter que tiene; ya no la aguanto, es más celosa que los celos y me da muy mala vida. Pero tengo un plan que no me fallará y de repente me voy a suicidar.

De los ojos de don Chepe salieron dos lagrimones que secó de inmediato con su pañuelo. Don Chepe se quedó platicando con doña Mina, en lo que don Herculano despachaba le contó su vida que era un secreto a voces y sus proyectos un tanto fúnebres. Al ver la atención que le ponía la mujer, don Chepe siguió lamentándose.

—¡Ay, si viera cuando me pega parece hombre la condenada, da unas trompadas que cómo duelen!

—Rialmente con lo que me cuenta es usté un hombre sufrido, don Chepe. Ya se parece al Herculano que es a mí a la que me da, si le ando con cuentos, pero siga contando, don Chepe, que su plática está muy emocionante...

—Pues estoy a punto de matarme, doña Mina, creo que sólo así se termina todo, porque la ves pasada me fui con una tía, ¿y qué cree?

Copyrighted material

—Atenete al santo y no le recés, ya el pobre de don Chepe está mero desesperado y, como te repito, puede cometer una locura.

Doña Mina, ya un tanto enojada por la postura de su esposo ante el comentario, dijo:

—Esas son puras caulas, el que quiere matarse no lo anda contando.

—La realidá, mujer,es que el pobre don Chepe saber en qué penas anda el pobre hombre.

—Pues él la pena que tiene es la de andar chupando y por eso son los lios con mi mamá, pero ella ya conocia que le gustaba el guaro y ahora tiene que aguantarse, es lo que le decimos nosotros.

Chano habia hablado,defendiendo a su madre en el comentario del trio que continuaba conversando.

Mientras, Chano pedia otro vaso de arroz en leche,indicando que ahora habia salido de primera. La mujer sacó un vaso limpio y agregó:

—Bueno, aqui todo es de primera, por eso es que tenemos bonita clientela y la atención y el aseyo es superior. A ver que pasa, vos chano, porque es mejor que todo se arregle por las buenas y sin clavos...

Copyrighted material

LA BODEGA MISTERIOSA

Doña Joaquina marcó una X en el almanaque que colgaba en la pared: 12 de marzo de 1924. Principiaba un nuevo contrato en el apartamento que habían alquilado en la avenida de San José. Según comentarios de su hijo Braulio, cabían las dos máquinas de coser, había un cuartito para el dormitorio y hasta espacio para una sala. En fecha reciente se habían mudado al sitio ya que donde vivían anteriormente, en el barrio de la Parroquia, "el vecindario era muy *shute*", palabras textuales del joven, y no los dejaban trabajar en paz. Pero allí estarían tranquilos laborando en su taller, donde confeccionaban ropa de partida que entregaban en el mercado Central. Desde el fallecimiento del padre de Braulio, fue doña Joaquina la que sostuvo el hogar y la educación del muchacho. El había aprendido el oficio con su madre y le ayudaba en la confección de ropa para niño y gabachas para señoras.

Copyrighted material

Todo quedó nuevamente en silencio, ya no se escuchó la tos ni ruido alguno. Braulio continuó laborando pegado a la máquina. A los pocos momentos tocaron en la puerta, le pareció raro al joven ya que su madre llevaba consigo un llavín. Cuando abrió pudo apreciar al anciano de la vecindad, con su largo abrigo, la bufanda y una boina a pesar del calor imperante. La tonalidad de su voz y estilo dejaba entrever su origen libanés.

—Soy Salomón —indicó el anciano—, estoy arreglando algunas cosas en la bodega y gracias por ofrecerme ayuda. Es muy difícil que a una persona como yo, alguien le ofrezca su ayuda. Dicen que he sido muy malo, inconsciente y de mala entraña, pero eso sólo lo puede juzgar el Ser Supremo.

Braulio le invitó a que tomara asiento y sacando un jarabe que tenía a la mano se lo ofreció. El anciano lo apuró con gran deseo, y tomó dos cucharadas.

—Puede llevárselo— indicó el muchacho.

Don Salomón agradeció la bondad del joven, llamándole por su nombre.

—¿Pero cómo sabe usted mi nombre, don Salomón?

Copyrighted material

LOS CONTADORES DE CUENTOS

"Los Panchos" cantaban una melodía que se esparcía por los contornos del parque infantil Colón; hasta el puesto de comida de doña Cata llegaban las notas de la versión de moda.

"Ya es muy tarde para revivir todo lo que ha pasado, ya es muy tarde para revivir nuestro viejo querer. Ya no insistas en reunir tu vida con la mía, ya es muy tarde, no trates de volver, resígnate a perder..."

Con voz descuadrada, doña Cata cantaba la versión del famoso trío, que alguien había marcado en la sinfonola de un bar cercano.

—Sólo buenas de "Los Panchos" han puesto en la rockola —dijo muy contenta la mujer cincuentona que preparaba el café caliente y los panes con frijoles, agregando—: Como que adivinaron que hoy es mi santo y esas son las que me pegan en el mero corazón.

Copyrighted material

dio un grito horrible, el *polaco* cayó redondo al ver cómo la mujer se elevaba por el aire como si fuera un barrilete y el español se ponía las de hule *zampando* la carrera calle arriba. Cuentan, a mí no me lo crean, que el *polaco* fue levantado hasta el otro día con grandes calenturas y más tembloroso que un engomado.

Ahora fue doña Cata la que interrumpió la narración que hacía con lujo de detalles don Filadelfo:

—Eso estuvo bueno, no por el pobre policía que cumplía con su deber, sino por el español por andar de mujerero en altas horas de la noche.

Hubo un murmullo de descontento por la intromisión de doña Cata y el viejo prosiguió con su narración:

—Por aquel tiempo existía en la 11 avenida entre 4a. y 5a. calles, pegadito a la iglesia, la famosa pilita de la Mercé y cuentan que allí se guacaleaba la Llorona.

Una vez más doña Cata interrumpe al anciano para comentar:

—Bien decía mi abuelita. ¿Tenés sed? Andá a la pila de la Mercé...

Copyrighted material

—Pues van a ver. Una noche llegó un grupo de muchachos ricos a tomar café al puesto, justamente aquí donde estamos y principiaron a platicar del muchacho; yo de inmediato paré la oreja y me hice la tonta para ver que pasaba, pero me asusté mucho cuando uno de ellos dijo: Pobre aquel, quién lo iba a pensar, pero así es la vida, tan lleno de vida, tan lleno de alegría y ya ven, la enfermedad le consumió y después de estar un año en cama murió dejando a saber cuántas traidas en el camino. Y lo más fregado, vos Pipo, es que dicen que espanta en el barranco de la Palmita, justamente por donde vos pasás en las noches.

—¿Será, doña Cata?— argumentó el Pipo sin disimular el miedo. La mujer continuó con su charla:

—Así que mejor tomá tus precauciones y tené cuidado porque no vaya a ser que te gane el mentado espanto.

Pipo Naranja, retomo el tema:

—Por eso no quería escuchar los cuentos de espantos de ustedes, porque después me da miedo y no quiero pasar el barranco, ya ven.

Pero doña Cata, muy ladinamente, buscó una solución al problema que los patojos exponían, especialmente Pipo Naranjas:

Copyrighted material

Cuando entró el patojo que le hacía los mandados y aprendía el oficio, le dio un susto mayúsculo por el escándalo que provocó el niño al llegar al taller.

—¿Qué pasó, vos Genaro? ¿Por qué tanta bulla? El patojo sólo sonrió con el anciano, mientras buscaba qué hacer en el pequeño taller.

—Vine tarde —justificó el niño—, porque anoche estuve oyendo cuentos de espantos y aparecidos que contaba la nía Cheba y casi nos acostamos a las doce de la noche, luego que me costó un triunfo dormirme porque tenía mucho miedo.

El anciano sólo lo vio de soslayo y continuó con su labor. Finalmente le respondió al niño:

—Venís todo asustado y eso que sólo te lo contaron. Yo la vi de cerca y aquí me tenés, deseando verla otra vez.

—¿Cómo así, don Arnulfo?— preguntó el niño.

El anciano, dejando su trabajo, caminó con dificultad y tomó en sus manos el pequeño busto, indicando que aquella figura que él había realizado en sus momentos de descanso tenía una historia que contar.

Copyrighted material

sábado le daba un quetzal como salario. El niño se acercó poco a poco y tocándole el hombro le indicó que continuara con la narración que estaba muy emocionante. El viejo sonrió y prosiguió la charla:

—Yo desde patojo supe aprovechar mi tiempo y como me quedé *pepe* desde muy pequeño, tenía que ganarme la vida, aprendí el oficio y después de no ver a Margarita por varios meses, del taller donde laboraba me mandaron al cementerio a chapucear unas lápidas de una tumba de gente pudiente. Te cuento que en aquel tiempo hacíamos trabajos muy finos y colocábamos floreros con moldes muy artísticos. Algo de eso tuve que hacer en el interior del cementerio y desde el primer día me quedé trabajando, labor que me llevaría por lo menos unos cuatro días. Llevaba mi comida y allí me quedé trabajando en lo que ya te conté.

—Una tarde soleada del mes de mayo, de un año que ya se me olvidó, cuando más atareado estaba, alguien me tocó levemente el hombro y cuando volví a ver, era el rostro radiante y angelical de Margarita que sonreía con tu servidor. De un salto me puse de pie, más contento que una fiesta y no encontraba palabras para darle la bienvenida. El trabajo se quedó esperando y la charla se prolongó hasta las cinco y media de la tarde, justamente media hora antes que cerraran el cementerio. Nos despedimos, pero quedamos de reunirnos de nuevo en el mismo lugar al día siguiente. Me indicó que

Copyrighted material

—¡Ay, la vida del pobre, siempre jalando la carreta! Pero ahora viene la navidad, creo que me repongo un poco con los pedidos de tamales negros y colorados, que no es porque yo lo diga, pero son de primera calidá...

En ese momento justo entró el abuelo haciéndole burla de su forma de bailar y criticándole su actitud a manera de broma.

—Púchis mija, como que ya te está patinando el coco, estás hablando sola y hasta parecés locutor diciendo: "Tamales negros y colorados de primera calidá". ¡Ay juer!

Simona se dolía al tormento del trabajo, sabiendo que la ganancia era poca.

—¡Ay, abuelo, a veces me canso mucho y no le miro la cara al pisto! ¿Qué hiciéramos para ganar más pisto, abuelo?

—Pues si querés ponemos una nuestra financiera, así la gente nos viene a dejar su pisto y no trabajamos y de repente nos vamos huyendo con la luz.

Simona hizo una mueca negativa y le respondió:

—Estoy hablando en serio, abuelo, y ya vos

Copyrighted material

—¡Ay juer, yo como que estuve aquí donde tomaron esta foto! Qué dice aquí, vamos a leyer: "...Plaza de las Tres Culturas. México, Distrito Federal". ¿Será posible, Dios miyo, que uno pueda trasladarse en sueños a esos lugares? Bueno, talvez vi el lugar en alguna película de esas que dan en la tele y se me quedó grabada la imagen.

El llamado del abuelo la sacó de sus cavilaciones, le recordaba que había que preparar las hojas de machán para los tamales de una primera comunión que les habían solicitado, pero la patoja no escuchaba el recordatorio, su pensamiento estaba en otro lado.

—Te estoy hablando, patoja. ¿Qué te está pasando, por la gran diabla? Más parece que se te fue el pájaro.

—¡Ay, abuelo, yo sigo soñando y lo más fregado es que me parece que algunos lados que veo en fotos ya los conozco, como que si allí hubiera estado!

El abuelo reaccionó un tanto más airado y le manifestó que antes que los sueños estaba el trabajo y la gente esperaba los tamales para la fiesta de la primera comunión.

Con todo y sus ciento setenta libras, Simona subió al banquito para sentarse y laborar en la

Copyrighted material

—Pues el gusto es mío, pero no salgo de mi susto al ver como hablan ustedes, y créanmelo, si lo cuento no me lo van a creer. Son capaces mis hermanos y el abuelo de hacerme burla y de molestarme para rato. ¿Pero todos hablan? Respóndame, señora masa, por favor.

—Así es, todos hablamos, no es tarea fácil, pero hoy que tenemos oportunidad de que platiquemos, lo hacemos con el mayor placer. Por ejemplo, está la hoja de plátano y la hoja de machán, que como en una conferencia de prensa les podés preguntar lo que deseás.

Simona, aprovechando la ocasión, lanzó la primera pregunta que tenía relación con su raquítica situación económica:

—¿Por qué ahora todo está tan caro y especialmente ustedes?

—Eso mejor que te lo responda la hoja de machán-contestó la señora masa de tamalito.

La hoja, muy coqueta, se sacudió el agua en la cual la habían lavado momentos antes y respondió:

—Bueno, los precios se han disparado desde que nuestro quetzal llegó a precios de zanate. Antes todo era distinto. Cuentan, porque yo no estaba, no

Copyrighted material

—Dormida será la gran diabla, te caiste de la cama y con el somatón nos despertaste y venimos a ver qué pasó, porque sonó fuerte el golpazo, puro coco te sonó la cabezota.

—Entonces estaba soñando, porque palpablemente vi que la masa ya estaba hecha y me hablaban los tomates...

Cecilio, un poco amodarrado, comentó muy a su manera el contenido de aquel sueño:

—No es lo que digo pues, tu pasión son los tamales, que hacés bien con tu trabajo honrado. Con eso queda demostrado que soñamos lo que somos y los problemas que tenemos.

Copyrighted material

más, y entró en agonía, hasta que murió momentos más tarde en los brazos de su hija y su mujer. Cuando pasó el movimiento de los funerales, yo me despedí de la mujer de don Benedicto y de su hija. Realmente, ya no tenía nada que hacer en la casa. Mi intención fue buscar trabajo en otro lado. Con el reloj entre la bolsa, salí de la casa de mi antiguo patrón. A los dos días que no encontraba trabajo, en una tienda del mercado de Mazatenango, una señora me preguntó la hora. Yo saqué el reloj y gustoso la complací. Momentos después, unos gringos me invitaron para tomarme unas fotos y me pagaron muy bien. Pensé en el reloj y en lo que don Benedicto comentó al entregármelo. A partir de aquel momento, todo cambió para mí. Nunca faltó el trabajo y mis billetes jamás escasearon en mi matate. Pero una noche de mucha tempestad, y cuando relampagueaba en las montañas, pude ver a un hombre que llegaba a caballo. Lo que me extrañó fue que el jinete no llegara mojado. Me pidió que le vendiera el reloj de don Benedicto y me opuse a ello. Trató de convencerme. Hasta llegó a ofrecerme una buena cantidad de dinero. Finalmente, se fue, Cuando regresé a Sibilia, uno de los principales del lugar que me conocía, me aconsejó que sacara mejor provecho del reloj, porque la prenda tenía sus virtudes; yo las seguí aprovechando hasta la fecha... A don Aurelio le decían "Chimán" porque pensaban que era brujo; pero no era así la cosa. Cuando murió, a mí me invadió mucha tristeza, porque realmente lo llegué

Copyrighted material

sentados, estaba tomando el finado Félix, ya estaba un tanto borracho, cuando salió atrás de don Renán. Al poco tiempo regresó todo asustado gritando y diciendo que había visto palpablemente cómo don Renán había desaparecido ante su vista. Con decirles que la gran soca se le fue del puro susto, pero yo lo atribuí a los tragos que don Félix se había tomado.

El carpintero, un tanto más curioso, trataba de persuadir al cantinero para que le hiciera la lucha de sacarle en plática a don Renán cómo estaba el asunto, pero aquel hombre raro y solitario no soltaba prenda. Finalmente el cantinero indicó que trataría de hablar con el hombre, pero que por favor hablaran más quedito porque podía escuchar el comentario que de él se hacía. Así las cosas y los días, don Renán continuaba llegando al estanco de una Guatemala que ya se fue para no volver, con sus calles empedradas y carruajes realeros. Aquella tarde la calle de las Túnchez parecía más animada, los trenes de mulitas con carbón procedentes de Palencia, así como los arrieros hacían más escándalo que de costumbre, pregonando el carbón y las cargas de leña. En la cantina La Copa de Oro el bullicio no se hacía esperar. Una vez más el chirrido de la persiana anunció la llegada de don Renán. Solícito don Meches, el cantinero, fue hasta la mesa de nuestro personaje para ofrecerle su servicio.

—¿Que tal, don Renán, cómo lo trata la

Copyrighted material

—Qué bueno que ya te levantaste, mija, porque quiero hablar seriamente con vos.

—¡Ay, abuelo, y qué quiere que hablemos...!

—Bueno, por ejemplo, de tu porvenir, que me preocupa mucho. Yo ya estoy viejo y de repente me voy con pancho y no quiero dejarte sola y desamparada.

La Teco respondía con desgano a los consejos del abuelo, mientras se rascaba la cabeza, albortándose más el pelo.

—Con el pelo así parecés la Siguanaba- comentó el anciano en son de broma. La Teco parecía no importarle el porvenir, vivía para comer y dormir, para dejar pasar los días y perder el tiempo.

—Te digo, mija, que no quiero dejarte sola.

—Como dice el dicho, más mejor sola que mal acompañada; y hay otro que dice: El buey solo mejor se lambe...

—¡Se dice lame, lame y no lambe!

—¡Ay!, pues, como se diga, pero más mejor así porque los hombres son como los aguacates, no todos 'salen buenos.

Copyrighted material

—Pues vea, don Tegua, no es que me meta en lo que no me va ni me viene, pero al que veo haciendo el oficio de buena mañana es a usted.

—Bueno, tal vez fue cuando Teco se enfermó y, pues, fue cuando me vio haciendo el oficio, pero esta dama hermosa que usted ve aquí es un dechado de virtudes, que no es porque yo lo diga, pero le han sobrado pretendientes a los que no ha hecho caso.

—¿O sea que no tiene novio? No lo puedo creer, realmente, pero voy a aceptarlo ya que usted lo dice. Ojalá yo sea el afortunado de por lo menos ser su confidente y amigo.

En ese momento preciso fue don Tegua el que le dio un codazo a la Teco para que reaccionara y respondiera:

—¡Ay, don Cornelio! O prefiere que le diga solamente Cornelio.

—Creo que esto es más que una declaración de amor y hay que celebrarlo en el mejor restaurante de la ciudad. Por dinero no se preocupe, don Cornelio, que yo invito, faltaba más.

Los paseos e invitaciones fueron más seguido, pero el que disparaba era don Tegua, ya que don Cornelio no lo hacía ni en defensa propia. Pero según don Tegua la inversión valía la pena,

Copyrighted material

caminando con sumo cuidado, ya cuando el peligro de las capturas habia pasado. Los grupos de vecinos se fueron formando en la plaza del pueblo comentando los hechos. Pedro sólo escuchaba sin tomar parte en las pláticas, siguió su camino hasta parar justamente en la casa de su madrina.

—¡Santo Dios... Santo Juerte...! Menos mal que no te agarraron los del cupo, los desgraciados no dejaron santo parado, hasta a los hijos de los principales se llevaron y los muy cabrones aún se atreven a hablar de derechos humanos y a decir que el servicio militar es voluntario; ¡Voluntario será la chingada!

Una veladora con su débil lumbre lamía con su resplandor el rostro del Sagrado Corazón, que había sido adornado con flores silvestres. Sentado en una silla estaba Pedro, asustado y pálido; pero estaba sobreseguro que su Nahual le había salvado una vez más. Aún pensaba cómo se le perdió a los soldados entre el monte y de puritita suerte se introdujo en el agujero, que afortunadamente la maleza cubría en su totalidad. Resonaban en sus oídos las palabras de los soldados al comentar que sólo un brujo podía habérseles escapado de esa manera. En un jarrito de arcilla su madrina le sirvió el agua de brasas para los sustos. Apuró el contenido viendo de soslayo a la imagen del Sagrado Corazón, pero siempre pensando en su Nahual.

indole. ¿Qué soñaría el coronel? ¿Qué soñaría el oficialito recién egresado de la Academia Militar? ¿Y qué el soldado en su barraca? Todos duermen. Todos sueñan; con la presidencia algunos quizás, otros con la libertad y la ciudad, los que menos con las migajas que la vida les da, pero sueñan.

—¿Qué soñaste, mijo?

—Siempre sueño con el venado que corre por la montaña y nadie lo alcanza. Yo quisiera ser como el venado, como el mazatl...

—Sos como el mazatl, porque es tu Nahual, es tu espíritu gemelo, el que te cuidará y te guiará en la vida. Los viejos escritos así lo demandan y cada uno de nosotros tiene un Nahual que le cuida, que le guía y le lleva de la mano. Cuando naciste, el Zahorín dibujaba en la tierra el animal que sería tu Nahual y tocó en suerte el venado o mazatl y allí quedó marcado tu destino. Serás perseguido, quizás encarcelado, pero siempre con la ayuda del mazatl saldrás con bien. Tomá este Nahual de obsidiana y llevalo con vos siempre; no lo dejés jamás.

Pedro soñaba, en la nebulosa del tiempo regresaba y veía figuras y monolitos en forma de venados que sonreían y que iban tomando cuerpo materializándose en el infinito del cielo estrellado. Despertó sobresaltado, sudaba copiosamente; por momentos se sintió libre como cuando platicaba

Copyrighted material

sector y le había prometido ayudarlo si algún día llegaba a la Ciudad.

—Sólo quiero que me orientés para ver qué hago, el resto corre por mi cuenta, mi libreta de ahorros la tengo intacta y poco a poco me iré defendiendo.

Por boca de Quisquinay supo de las andanzas de Floridalma, primero había estado sirviendo en la casa del General Marranilla, pero después buscó nuevos horizontes. Logró colocarse como camarera en un conocido hotel, poco después integró un puesto en el sindicato y ahora labora por el día y estudia de noche.

—Si la ves ni la vas a reconocer, se pintó el pelo, ya no usa traje típico, ahora anda con zapatillas y medias de seda; le ayuda todo porque no es feya la condenada, lo único que la jode es el apellido indígena que tiene y, como sabés, aquí es pecado colocarse el apellido autóctono...

¿Pero cómo? ¿Qué tiene que ver el apellido indígena?

En horas de la noche recordaron viejos tiempos con el acompañamiento de una botella de ron. Quisquinay le invitó a quedarse en su pieza hasta que lograra conseguir algo con qué defenderse y poder vivir.

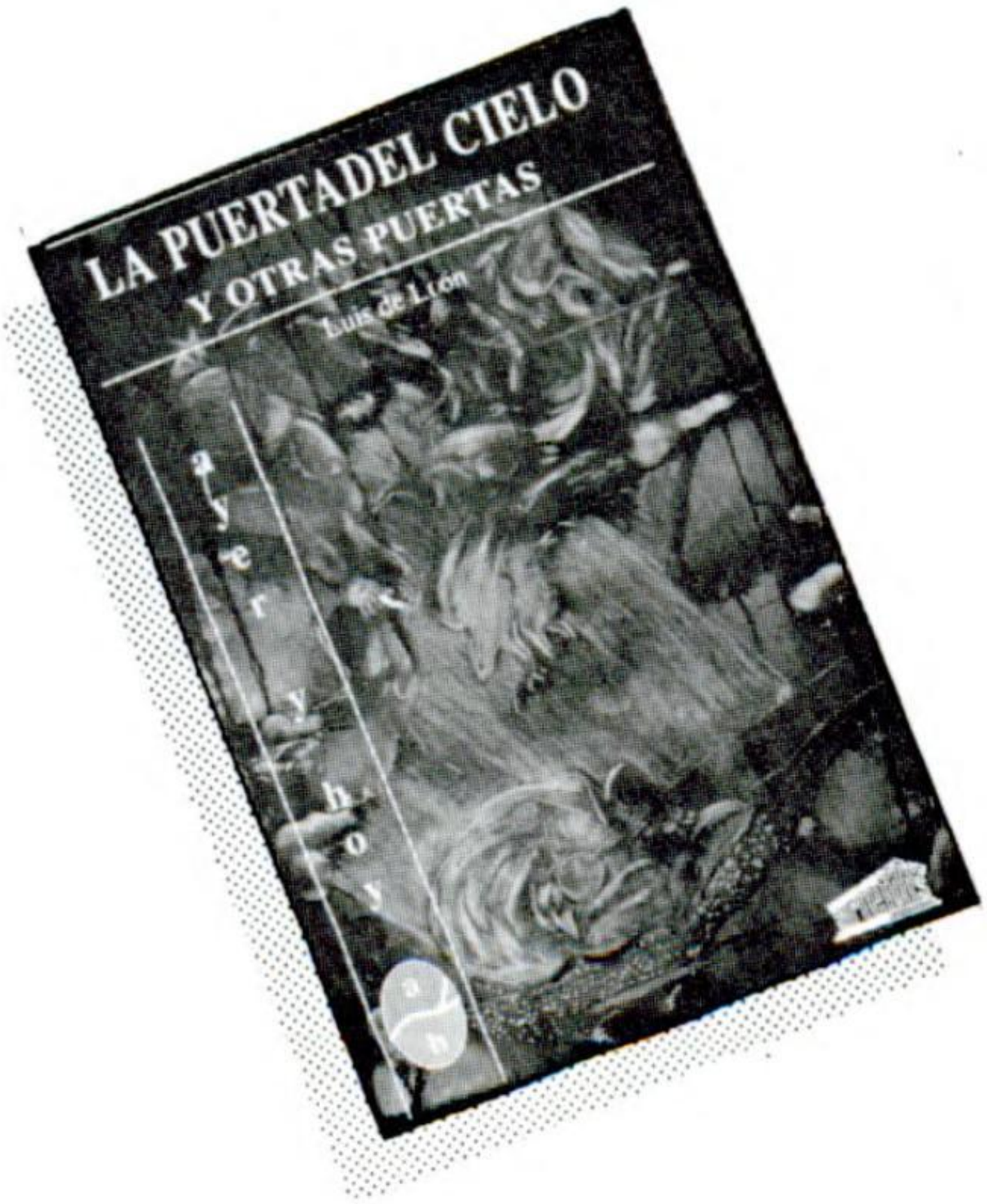
Copyrighted material

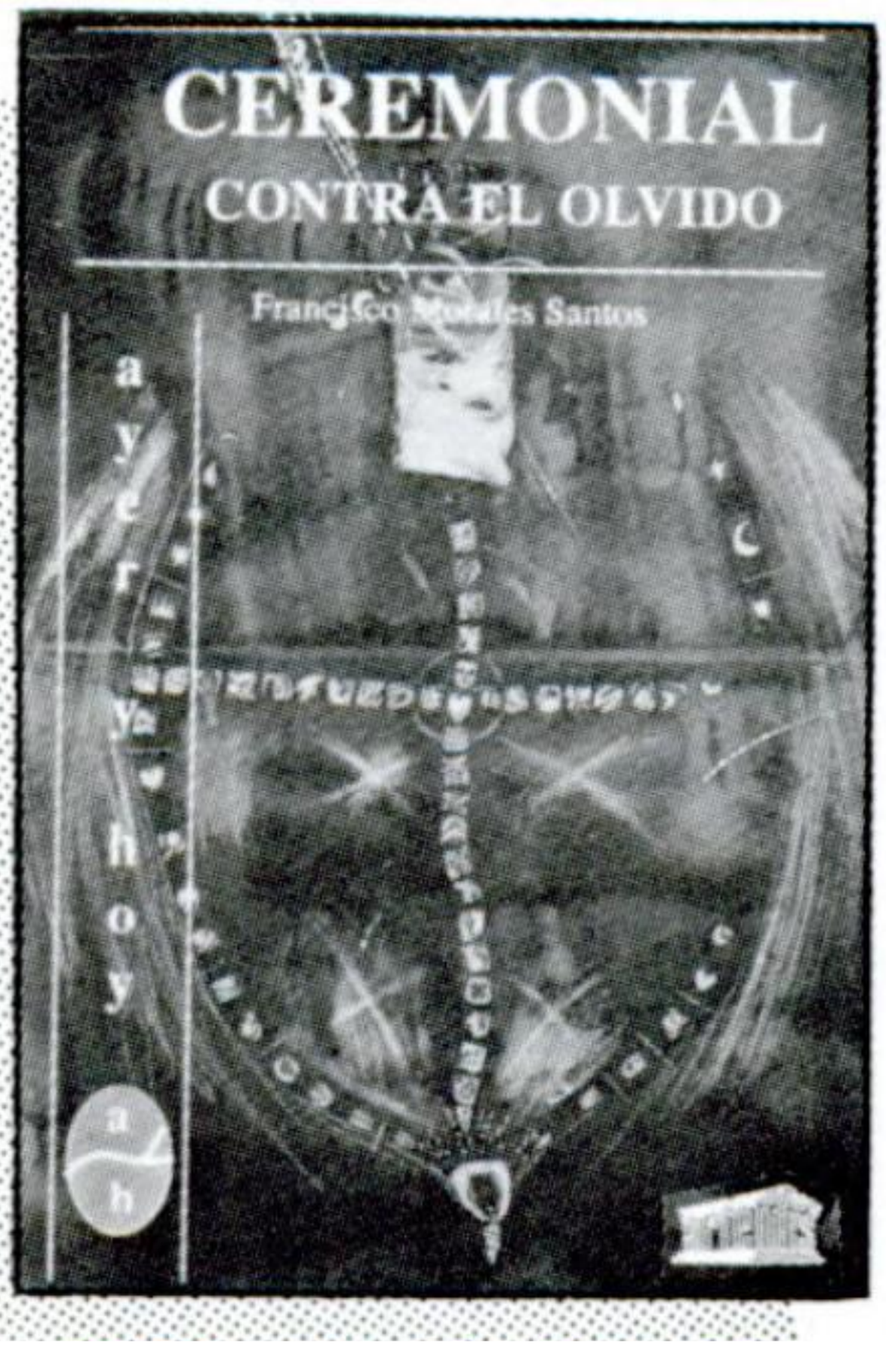
INDICE

	Pág.
Introducción	1
Los atoleros de la Parroquia	3
La bodega misteriosa	15
Los contadores de cuentos	23
El marmolero	33
Los tamales de Simona	42
El reloj del chimán	56
El hombre invisible	61
El casamiento de la Teco	72
La sombra del nahual	85

Copyrighted material

HECTOR GAITAN ALFARO (1940). Narrador, periodista, locutor profesional de Radio y Televisión. Su obra literaria se encamina en todo sentido al rescate de las tradiciones de la ciudad de Guatemala. En su búsqueda por descubrir las costumbres más arraigadas de su ciudad y de su patria, Gaitán Alfaro recorrió calles, barrios y pueblos, y a través de la radio logró acumular una vasta información base sobre la cultura de la Nueva Guatemala de la Asunción. Su prosa sencilla, lineal pero certera, atrapa al lector y lo sumerge en su propia conciencia colectiva haciéndolo descubrir sus propios valores. Por ello es uno de los autores más leídos de Guatemala. Entre sus obras destacan la colección **La calle donde tú vives**, con numerosas ediciones; **Antología la calle donde tú vives**, editada en España (1994); **Hablemos de Guatemala** (1990); **Los presidentes de Guatemala** (1992); **Historia e imágenes de Guatemala** (1975) y **Centro histórico de la ciudad de Guatemala** (1995). Por su obra ha recibido numerosos premios nacionales e internacionales.





Copyrighted material